

cen general de los productos de la India. Por lo que hace al Orinoco, es vasto el terreno disputado; ese río tiene veintiuna leguas de ancho en su embocadura, en la que se halla un grupo de más de cincuenta islas, y en sus orillas estaban las misiones. El Orinoco enlaza con el Amazonas por el brazo del Casiquiare ó Rionegro; de manera que una nave puede penetrar por él, recorrer miles de leguas y volver á salir al Atlántico por el Amazonas. En el planeta no hay una red hidrográfica igual. Si se tratase de fundar un imperio en América, para dominar todo ese continente y ofrecer al mundo el espectáculo del país más rico de todo el orbe, el asiento de ese imperio serian esos desiertos, donde hoy entona sus cantos el hijo de la naturaleza y no se ha oído aún el ruido de la industria.

Una ciudad fundada, por ejemplo, á orillas del Putumayo (Colombia), estaria en fácil comunicacion fluvial con el Brasil, el Perú, el Ecuador, Venezuela, y con el mundo entero, pues, como dejamos dicho, esa multitud de rios caudalosos son todos afluentes del Amazonas y del Orinoco. El Amazonas se interna como mil quinientas leguas en la parte septentrional del Brasil.

Tales ventajas para el comercio universal comunican á esa region un valor inmenso.

Refiriéndonos especialmente á Colombia, diremos, que su porvenir depende de sus territorios. El departamento de Pisco, en el desierto del Caquetá, es él solo infinitamente más rico en minas de oro y plata que California.

¡Cuán admirable es la América! La más pequeña República tiene más superficie que cualquier poderosa nacion de Europa; y en medio de todo, ¡con cuánto descuido se ha mirado la civilizacion de los indios! ¡Qué deuda tan sagrada tienen pendiente esas repúblicas y el imperio del Brasil! Por su propia conveniencia debian haber traído por medios suaves á los indígenas al radio del cristianismo; ellos son fuerzas vivas y latentes de esas naciones, y á esta fecha debian ser consumidores y productores. El fragor de las guerras civiles y las disputas bizantinas han matado hasta ahora esa grande y generosa idea; pero completa al presente la reorganizacion política y social en todas esas sociedades civiles, es ya tiempo de que atiendan, no sólo á poseer más ó ménos territorios, sino á cumplir sus deberes morales.

FRANCISCO JAVIER BALMASEDA.

NOCHE-BUENA

AL POETA SALVADOR RUEDA

A orillas del humilde Manzanares hoy me parece, Salvador, que siento el són del agua y el rumor del viento que silba por los patrios olivares.

Y á través de mis dudas y pesares dirijo hacia el hogar mi pensamiento; y allí todo es amor, paz y contento, plegarias, regocijos y cantares...

¡Quién me diera esta noche bendecida entrar llorando en la modesta estancia donde reza la madre de mi vida,

Y aspirar la dulcísima fragancia que tienen para el alma dolorida los sagrados recuerdos de la infancia!

PEDRO DE LARA.

REVISTA EXTRANJERA

El arte de viajar y el de escribir los viajes.—El mes de la Noche-Buena.—Triunfos de España en el extranjero.—Ne-crología de Henri Martin.—*Le mot de la fin* de nuestras Revistas.

Hay en castellano un proverbio que, como muchos, encierra gran filosofía bajo modesta forma, y, si se quiere, grosera corteza. De quien ha corrido tierras

lejanas, sin que haya aumentado su instruccion y su experiencia, se dice que ha viajado como los fardos de mercancías, y que con tanto aprovechamiento como estos ha surcado los mares. En cambio la sabiduría de los antiguos por boca de Homero compendiaba el elogio de un héroe diciendo que habia visto muchas ciudades y estudiado las costumbres de sus habitantes. El dicho popular y la sentencia del antiguo vate se explican y se completan, porque los viajes ó son meramente una incomodidad para el que los lleva á cabo, ó son el mejor medio de enseñanza. Los antiguos creian que los grandes legisladores, los eximios poetas, los que de cualquier modo descollaban sobre sus contemporáneos debian la mayor parte de su mérito á sus lejanas y continuas peregrinaciones. Por regla general no viajaban tanto como los modernos, y de ningun pueblo de aquella era se dijo, como hoy de los ingleses, que se le encontraba en todas partes.

El viajero que enriquece el tesoro comun de las ciencias no es el aventurero de otros tiempos, ni el *touriste* de nuestros días; ántes de visitar los países extranjeros conoce el propio, y lleva formado un cuadro de lo que necesita investigar, un interrogatorio que procura contestar, valiéndose lo ménos posible de las respuestas que otros dieron y empleando todas las dotes del ingenio, todo el talento de observacion que posee para que sean útiles á todos sus investigaciones. Para lograr este propósito ha de fijarse en determinados objetos de estudio; ó en la agricultura como Young, ó en la historia y antigüedades como nuestro Ambrosio de Morales, ó en la literatura como Villanueva, ó en cualquier otro objeto de importancia intrínseca: Mad. de Aulnoy al visitar nuestro país no estudió más que lo que puede observar una dama de la aristocracia dotada de mediano talento, y sin embargo, como recuerdo de su viaje nos dejó un libro notable.

Los modernos caminos de hierro y los viajes acelerados que hoy se prefieren son decididamente poco favorables á tan buenos resultados. No es árbitro el viajero de seguir otra direccion que la ya marcada por la conveniencia del comercio ó por el capricho ó interés de los que trazaron el camino; apenas se detiene en los puntos intermedios; parécese al Judío Errante, á quien una voz misteriosa decia continuamente: *¡anda, anda!* Ningun viaje útil para la ciencia se ha hecho ni se hará siguiendo una via férrea. El viajero necesita andar al paso de la caravana, detenerse igualmente en las capitales que en las aldeas, conocer el idioma de los pueblos que visita más que por un diccionario *de poche*, preguntar por otros establecimientos que por las fondas. Cuando los griegos colocaban en el número de sus sabios al escita Abaris, que viajaba sobre una flecha, parecia que se burlaban de los expedicionarios modernos, que llevados por el vapor de uno en otro país, se lisonjean de haberlos estudiado todos.

Hay entre los escritores de viajes algunos como Volney, que sólo recorren países extranjeros para encomiar, con motivo de lo que allí ven, determinados sistemas políticos ó religiosos; Renan y otros muchos le han imitado en esta parte. El autor de la *Vida de Jesús* pretende explicar la conversion de San Pablo y su caída del caballo en el camino de Damasco, y la ceguera del perseguidor convertido en apóstol y en vaso de eleccion, por circunstancias locales de aquellos países, y á este propósito nos habla de las ophtalmias que la reverberacion del sol sobre las arenas del desierto ocasiona á los caminantes.

Otros, entre ellos Lamartine y Chateaubriand, viajan como poetas, y las tierras que atraviesan se transforman tambien al toque de su varita de magos. Hay quienes, como Alejandro Dumas, viajan por pura curiosidad y ocupan largas páginas con sus propias aventuras, en vez de instruir á sus lectores con datos dignos de estudio y de recordacion, abusando de la paciencia del lector y de una circunstancia que ya se ha observado en esa clase de narraciones, á saber: que como quiera que se escriban, á diferencia de lo que en otros libros acontece, siempre interesan y agradan al lector las obras de viajes y de historia.

Un antiguo viajero, el árabe Ibn-Batuta, presenta mejor que otro alguno el tipo de los que no saben examinar en las regiones que estudian más que lo que les agrada ó conviene á su religion y á su pueblo. Por donde quiera que iba no examinaba otra cosa que los ritos litúrgicos musulmanes y las ceremonias del culto. Benjamin de Tudela creia encontrar tambien por

todas partes judíos desterrados y naciones formadas por restos de sus compatriotas. ¡Cuántos que hoy se creen despreocupados é imparciales no hacen más que seguir las huellas de aquellos antiguos escritores! ¡Cuántos no comprenden ni saben describir el Etna más que en plena erupcion, ni el país andaluz sin contrabandistas, ni el *agro romano* sin *malaria* y sin mendigos, ni la Calabria sin bandoleros con trabuco y escapulario!

Hay, pues, un arte de viajar y otro de escribir relaciones de viajes; pero uno y otro son desconocidos á los que pretenden ser escritores más que viajeros y trabajar para los editores ó para su bolsillo más que en beneficio del público. Los que por esto se decidan, escriban si pueden como Beaumont y la Chapelle ó como De Maistre en su *Voyage autour de ma chambre*, ó como Sterne, ó como Bunyan, ó siquiera como Lady Montagu, y ya que no la geografía, algo tendrá que agradecerles la patria literatura.

Diciembre, con sus frios y nieves, en aquellos climas en que trae semejante cortejo, con las brumas que entoldan la atmósfera, con el sol que se niega á mandarnos sus rayos y con ellos la vida á toda la naturaleza, y á pesar de que los mares se embravecen y los bosques apagan sus últimos misteriosos rumores, puede competir con Mayo en cuanto á los poéticos recuerdos que despierta. Para los antiguos era el mes en que los esclavos podian de igual á igual hablar con sus señores, y áun estos últimos llevaban su abnegacion hasta el extremo de servir á los primeros á la mesa: *libertate Decembris*, como dice Horacio; para los pueblos cristianos es el mes en que los niños mandan en las moradas de sus padres, el del regocijo excitado por el sentimiento religioso, tan grande como todos los afectos que éste promueve; es el mes de la jovialidad y de los banquetes por juro de heredad, que data, no sólo de los primeros días del cristianismo, sino de mucho ántes, porque ya dijimos que no se alegran hoy más los cristianos que lo hicieran los gentiles. Allá, entre los más dulces recuerdos de nuestra infancia, entre la sonrisa de los padres y los plácemes de los amigos, contemplábamos la reproduccion jamás agotada de aquel inmenso júbilo que debió experimentar, no una familia ni un pueblo, sino todo el mundo al aparecer el Redentor profetizado por generaciones de santos adivinos, y no en el palacio de los Césares, donde sólo aparecian monstruos, sino en miserable pesebre desdeñado para sus bestias por labradores y pastores junto al muro de la ciudad, donde en otro tiempo David, progenitor del Mesías, manejaba el cayado del pastor ó la honda y la piedra del combatiente ántes de empuñar el áureo cetro que en manos de su hijo habia de ser el pasmo del Oriente y la admiracion de las edades.

El sepulcro de Cristo vino á ser con el tiempo uno de los ejes de la historia en la Edad Media, como nueva estrella que guiaba á los Reyes en sus conquistas y en sus peregrinaciones á los pueblos. Su cuna fué ántes de aquella edad, y ahora, y lo será siempre, el ara en que recibe las primeras adoraciones de la niñez, que le son tan aceptas; el ara en cuya presencia desarruga su ceño el anciano y deposita el arte sus mejores ofrendas. Reyes y sabios, lo mismo que agricultores y pastores, rindieron vasallaje al recién nacido, y desde entonces no hay clase ni categoría social que no se lo rinda. La primera palabra que pronunció el ángel fué esta: «Os anuncio una gran alegría.» Antes de manifestar que el Salvador hubiese nacido, ya queria que rebosasen de gozo los corazones de los que guardaban sus ganados. En la encina de Mambré, en la zarza de Horeb, como en el Sinaí y en el Templo, la presencia de la Divinidad llenaba de terror á los que la veian; en la cumbre del Calvario no se conmovian los corazones empedernidos de los hombres, porque veian aquella omnipotencia, por amor nuestro, sin fuerzas, y aquella incomparable majestad velada por las afrentas y la sangre; pero en cambio se conmovia la Naturaleza, que no podia desconocer á su Hacedor; el sol, que no tenia para qué lucir despues de haber alumbrado tal escena; la tierra, que no podia ya considerarse segura; miéntras en torno de la sagrada cuna, donde la Divinidad se presentaba hecha carne *en forma de siervo*, sin dejar de conservar su naturaleza eterna, los corazones se abrian á todas las expansiones del gozo y la Naturaleza se transformaba, la noche en dia, en primavera el

invierno, y la profunda desesperación del mundo en imperecedera esperanza. Habíanse abierto de nuevo las cataratas del cielo para mandar á la tierra un diluvio de celestiales dónes que llegarían á las más lejanas islas y sobrepasarían á los más altos montes: el arca en que debía refugiarse la humanidad, no para evitar el antiguo diluvio, sino para recibir el nuevo, estaba ya aparejada. Con Dios hecho hombre, la *verdad* se haría también patrimonio de nuestra especie. Con Dios hecho hombre, el paraíso se nos abría de nuevo, y la flamígera espada del querube se transformaría en arco iris que iluminase el vestíbulo de nuestra eterna morada.

De las tres grandes familias de pueblos que se reparten la Europa, latinos, germánicos y eslavos, no hay una que no celebre con particulares regocijos el aniversario del Nacimiento del Salvador. Si dentro de la Iglesia se celebra éste en latín ó en griego, el sentimiento popular, entrando por los dominios de la liturgia, ha ensalzado este día en todas las lenguas vivas, y en muchas le ha dedicado las primicias de su poesía lírica y dramática. Los *villancicos* han conservado á los pastores el derecho de prioridad que les ganó su fe, y en palabras rústicas han continuado ex-presando sus sentimientos religiosos. Los germanos y escandinavos han concentrado en las ceremonias familiares de este mes mucha parte de la melancólica poesía que tanto distingue sus respectivas literaturas. El *tronco de Navidad* que consagra la *Noche-Buena*, más que el día clara—como el muérdago arrancado con la sagrada hoz de los druidas el principio del año, y la *haba* la fiesta de los Reyes—arde lo mismo dentro de la monumental chimenea del señorial castillo que en el humilde hogar del pobre, y la lira de los bardos y de los *skaldas*, cansada de cantar victorias, que á la y de los *skaldas*, cansada de cantar victorias, que á la postre se cambiaron en vergonzosas derrotas ante el cristianismo, une su eco al de las pastoriles zampañas. Los eslavos, que han venido después de sus hermanos mayores á la civilización europea—ya que los progresos de la filología han demostrado que las tres citadas familias son hermanas, que en diferentes tiempos salieron de la morada de sus padres *aryos*—celebran asimismo con toda la pompa de las iglesias latina y griega, según el culto que profesen, el advenimiento del nuevo poder que vino con el cristianismo á suceder á todos los que habían tiranizado á los hombres y á destruirlos en sus fundamentos. Los pueblos de Groenlandia y otros celebran la fiesta del solsticio del sol, precisamente cuando la falta de su luz es completa. Es que se refieren á otra luz, de la que se ha dicho: *Lucerna est Agnus*.

La imaginación del pueblo ha exornado estas fiestas con variaciones que sería imposible enumerar, y que les dan en cada país un carácter local que les sigue por donde quiera que se recuerden. Aquellas familias de pueblos, después de llenar la Europa *creciendo y multiplicándose*, han poblado el nuevo continente, han abierto brecha en los santuarios nacionales del Asia y en el impenetrable muro del Africa civilizada, y en las islas sin cuento de la Oceanía, y en todas partes han conservado la *Noche-Buena*, el *Noel*, el *Christmass*, con preferencia á todas las demás solemnidades del año. En la zona tórrida, y allí donde no puede recordar el mes de Diciembre frios ni nieves porque la tierra se engalana con flores; allí donde el cambio de estaciones hace trocarse todo el aspecto de la naturaleza, la *Noche-Buena* es, como en nuestro continente, la fiesta de la familia, el objeto de los más ardientes deseos y de los sentimientos más tiernos y profundos. Aquel día parece que nuestras casas tienen su *tarario*, como las de los antiguos romanos. Los misioneros jamás dejaron de manifestarlo así á los pueblos que evangelizaban, como una prueba de que si la religión impone deberes difíciles de cumplir, lleva también dentro de sí el manantial de los mayores y más puros goces. La Virgen, que había de concebir y parir un hijo, no fué anunciada solamente en las palabras de Isaías al Rey Acáz y en los umbrales del Paraíso, donde ya se cantó el triunfo de la Madre de Dios, porque también hablaron de ella, además de los oráculos de las sibilas, aquellos otros que los druidas tenían en Chartres y los brahmanes y los budhistas en los adoratorios y pagodas de la India. Por último, hasta el mahometismo registra en sus libros sagrados elogios para Miriam, y los pueblos de Oriente y de Occidente, conviértanse ó no al sol de la verdad, todos allá en el fondo de sus teogonías, como

para reparar la falta cometida por la primera madre de los humanos, guardaban una mirada de ternura y un sentimiento de piedad hacia la que debía considerarse como *puerta del cielo* y *estrella de la mañana*.

Con tales históricos recuerdos de varias épocas y naciones puede comprenderse que la fiesta que los cristianos al terminar Diciembre celebran es como un broche de oro que viene á cerrar el año, y marca una fecha igualmente santa para todos los pueblos que se precian de más civilizados. Los chinos, como nosotros, y con más seriedad, acostumbra deducir de los *estremos* del principio del año el pronóstico que sirve para todos los meses.

Cuando sucesos de triste recordación en el pasado verano llamaban la atención del Gobierno, sucesos que no pueden figurar en nuestras revistas, ocurrieron otros que sirvieron de consuelo al mismo, porque fueron dos declaraciones del aprecio que el arte y la ciencia españoles merecen en el extranjero. De Amsterdam y de Munich partieron las referidas declaraciones. El Jurado de la Exposición en la capital de Holanda pronunció su fallo, diciendo que en la parte científica del aprovechamiento de las colonias y de sus elementos de riqueza merecía España el primer lugar, y los jueces del gran concurso artístico de la capital de Baviera concedían los primeros premios á nuestros artistas Pradilla y Casado. El segundo triunfo, dirémoslo ingenuamente, por más que sea muy honroso para la patria de los dos pintores, no nos hubiera satisfecho sin el primero, porque no se nos niega que en las bellas artes hayan siempre ilustrado su nombre nuestros ingenios, y los museos de toda Europa reservaron siempre para nuestros cuadros uno de los primeros puestos; pero al mismo tiempo declaraban los extranjeros, que desconocían nuestro verdadero valor, que respecto á las ciencias y conocimientos de mayor utilidad práctica existía entre nosotros marcada decadencia. Hoy, que hemos conseguido una y otra corona, debemos dedicarles alguna palabra en estas revistas.

Es incalculable el trabajo de exploración y de estudio que desde el siglo XVI ha dedicado España al conocimiento de los países ultramarinos, que, añadido á los descubrimientos, le conquistó el primer lugar entre las potencias coloniales. Los elogios únicamente de los *Varones ilustres de Indias* inspiraron á Juan de Castellanos una especie de *Romancero ultramarino*; la *Historia natural de las Indias* y las *Noticias americanas*, de Ulloa, y otras muchas obras históricas, entre cuyos autores figura hasta un soldado, Bernal Díaz del Castillo, son pruebas de que espada y pluma se dedicaron sin interrupción por los españoles durante siglos á la conquista y al estudio del nuevo continente. Humboldt, á principios de este siglo, no pudo menos de estimar en cuanto valían semejantes trabajos, y los filólogos no tienen palabras suficientes para encomiar la constancia de nuestros misioneros en el estudio de las lenguas de América. El tomo dedicado á las mismas en el *Catálogo de las lenguas*, por el Padre Hervás y Panduro, es un monumento anterior á los más preciados de otras naciones. Los remedios tal vez más activos con que la ciencia procura, y muchas veces consigue, la curación de las enfermedades proceden de América, y su descubrimiento se ha debido á nuestros compatriotas. Por último, los Congresos de americanistas han expresado unánimes su opinión respecto á la importancia que los estudios de nuestros sabios tienen, y todos acordes han manifestado que, sin dedicar á España gran parte de su contenido, ya no pueden redactarse los anales de la civilización universal ni la historia de la geografía: nombres de procedencia española señalan donde quiera en el Atlántico y en el Pacífico el paso de nuestros marinos, y la existencia de tantas noticias como en unas y otras comarcas americanas nos deben su origen, es y será siempre la mejor prueba del valor de nuestra secular *Odisea* por el mundo de Occidente.

La patria de Murillo y de Velázquez durante el siglo XVIII descansó de sus trabajos literarios y artísticos, y apenas produjo obras que encontrasen cabida en los museos. Pero finaba ya dicha centuria cuando Goya manifestaba, de una manera tan inesperada como original, que el genio inspirador de la pintura no se había despedido de nuestro suelo. Posteriores revoluciones políticas sacaron del fondo de palacios

(porque entre nosotros no había vinculaciones de objetos de arte como en Italia) y también de los conventos muchos desconocidos cuadros, y nuestras academias enseñaron la práctica y la imitación de los antiguos, el cultivo del arte con tan feliz resultado, que los progresos fueron más rápidos y mayores que los de la literatura. Nuestro cielo, siempre lleno de resplandores, bañado por un sol que compite con el de *purpúreo tinte* de Italia y de Grecia, descrito por Virgilio; nuestro suelo, vestido de una vegetación que se engalana con la palmera del Africa y se engrie con el pino del Norte; nuestros mares, que tanto pueden inspirar al artista como los de Holanda y Zelanda; el misticismo de nuestros padres, que con sólo recorrer los claustros podía evocarse de las tumbas (y los claustros habían quedado á la vista de todos) nuestra caballeresca historia, resucitada por Byron, Schiller, Wolf, Víctor Hugo, Trueba y Cossio, Larra y Zorrilla; la misma protección del Gobierno, que se dignó pensar en que las artes son un importante signo de cultura nacional, todo contribuyó al renacimiento de la pintura, que á poco tiempo fué ya conocido en todas las capitales de Europa. Ribera y Zurbarán, en sus solitarios y mártires, pudieron representar los tiempos de las grandes creencias, y ya no volverían á presentarse discípulos é imitadores suyos; pero Murillo y Velázquez podrían tenerlos, y, en efecto, los tuvieron y los tienen, como Fray Luis de León y Herrera no cuentan con sucesores, y los conocemos, y entre nosotros viven, los de Rioja y de Lope. Era preciso que, no la fotografía, que sólo sorprende el momento actual, sino el arte pictórico, que puede vivir de recuerdos, resucitase los tipos populares que habían desaparecido y retratase el paisaje donde con todas sus galas brilla la naturaleza, donde reina la aurora:

«Con frente de marfil y pies de grana.»¹

donde aún no ha oscurecido la atmósfera el humo de la locomotora, y á todas estas exigencias correspondieron los pinceles de nuestra generación, que hoy cosechan tan larga copia de triunfos. Eterna y eminentemente artístico el genio español ha sabido plegarse á los gustos de cada edad, y por eso se reciben por la nuestra con tanto aprecio sus obras, como en pasados tiempos se recibieron las de los grandes pintores, con tal que en ellas se reflejase el sello de la inspiración: *Anima auctrix operum carnis*, según la feliz expresión del gran Padre de la Iglesia, Septimio Tertuliano.

Nuestros compatriotas, el Sr. General Ibañez en Roma, y el compositor Sr. Marqués en Munich, han logrado señalados triunfos.

Recordando el fallecimiento de Gambetta abrimos nuestras Revistas y las cerramos consignando el del sabio historiador de Francia Henri Martin. Nació en 20 de Febrero de 1810 en San Quintín, nombre de buen agüero para la historia de España. Estudiante de derecho y pasante de notario en París, cultivó primero la novela de costumbres, después la histórica y la política, á medida que se iba declarando más y más su inclinación á los estudios históricos. Con el bibliófilo Jacob concibió el proyecto de una historia de Francia en diez y nueve volúmenes (después de otro ensayo): hoy se reputa esta obra un verdadero monumento histórico. Después ha figurado como político y republicano; presentó en las Cámaras un proyecto de ley de arrendamientos, y en 1871 fué elegido miembro de la Academia de ciencias morales y políticas. Son también notables sus estudios de *Arqueología Céltica*. No sólo Francia, que ha perdido en él á uno de sus primeros escritores, sino algunos otros países han honrado públicamente su memoria.

Hemos terminado nuestra tarea en 1883. ¡Dichosos nosotros si desde nuestro humilde observatorio no hemos equivocado los juicios que corresponden á la mayor ó menor importancia de los sucesos! Primero hemos observado los científicos y literarios, y luego los políticos (y en esto no hemos padecido error), y junto á los dos, los números y la estadística, que es el *verbo* de la ciencia actual en lo que puede contarse y medirse. Nuestra aspiración ha sido conservar á cada suceso su

¹ Verso de Lope de Vega Carpio.

verdadera magnitud y observarlo con lente acromática, y que no se nos atribuya el concepto de aquella frase:

Parva propria magna; magna aliena parva.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

Á MI PATRIA

En tu region espléndida y lozana,
¡oh encantadora y bella Andalucía!
vive ausente de mí la madre mia
como en nido de rosas perla humana.

Desplega ante sus ojos tu mañana
sin empañar la luz de su alegría,
y mándale en tus olas de poesía
sus viejas penas á mi edad temprana.

Hoy, que esparciendo lirios perfumados
la primavera borda de colores
tus jardines, tus selvas y tus prados,

En nombre de mis plácidos amores
háblale con tus céfiros alados,
bésala con los labios de tus flores.

S. RUEDA.

¡OTRO AÑO MÁS!

I

Es la Noche-Buena.

Fiesta universal en el orbe cristiano, noche la más grande de todas, aniversario el más solemne, que recuerda el humilde nacimiento del que con las armas de la bondad y la mansedumbre dignificó al hombre y dió su sangre por redimirle. Hace ya siglos, en un pobre y desvencijado portal, rodeado de sus padres, entre dos animales, símbolo del trabajo, en una noche serena y despejada en la que debieron brillar los astros como nunca, en la que la naturaleza parecería más bella y majestuosa, veía la luz primera el niño Jesús. Estrella resplandeciente anunciaba tan fausto suceso. Ella marcaba la ruta á los Reyes poderosos que desde suntuosos alcázares venían á depositar su ofrenda á un pobre establo. La humanidad debió estremecerse: ¿qué ocurre? dirían las gentes. Y voces celestiales contestarían á los hombres asombrados: ¡Hosanna, hosanna!... ¡El hijo de Dios ha nacido!

En grandes poblaciones como en miserables aldeas, en soberbios palacios como en pobres cabañas, se halla reunida la familia en la mesa común. Presídela el abuelo, jubiloso porque aún puede contar esta Noche-Buena entre sus años de vida; rodéanle sus hijos, jóvenes ramas del viejo tronco, dichosos porque ven al anciano á quien deben el sér; alegrando la reunion con su presencia no faltan los nietezuelos, ángeles sonrosados que van perdiendo poco á poco sus alas. La prosperidad reina en la casa, el trabajo y la honradez han dado sus frutos, la conciencia está tranquila, y todos aquellos séres, confundiendo sus almas, gozan en una sola efusion de felicidad. ¡Hermosa calma la del santo hogar de la familia!

Es media noche. A la misa del gallo. La cena se ha consumado, ó por mejor decir, se ha consumido, y el que no tuvo besugo no le faltaron legumbres y sopa de almendra, y el que no disfrutó del Champagne tuvo en abundancia tintillo de Valdepeñas, y el que no turrón de casa de Prats, lo que por tal nombre se expende en la plaza Mayor. Todos han cenado: más gordo ó más flaco, cebado ó sin cebar, á casi ninguno le faltó el pavo (porque si es vigilia, nadie en esta noche carece de hula extraordinaria), y ya repleto el estómago, al templo á embelesarse oyendo la armoniosa voz del órgano que lanza raudales de armonía por sus sonoras bocas de acero.

En tal noche la tolerancia es mayor que nunca. Como la cristiandad debe alegrarse del nacimiento del Redentor, lo cumple al pié de la letra, y los cristianos se alegran cuanto pueden, esparciéndose por esas calles y metiendo más ruido con panderos y zambombas que el que causa un terremoto ó una crisis política, que viene á ser lo mismo. Así es el epilogo de la funcion cuyo prólogo se desarrolló por la tarde en aquella plaza célebre, donde andan revueltos toda clase de comestibles, pregonados por miles de voces diferentes, y donde se venden desde *jjámala jjámala*... almendra que ya gustaba en el paraíso de los creyentes de Mahoma, y pavos cabeza abajo, congestionados por la postura, como suegras en conserva en momentos de éxtasis, hasta turrónes que semejan peñascos por lo tiesos y duros, y nacimientos orientales con ciudades españolas que parecen hechas con turrón de guirlache, y su invasion de manchegos y otros asiáticos de los *alcontornos* de Bethelém, atroz mare-magnum que trae á la memoria los infiernos descritos por el Dante.

Todos son felices. El señorón rumboso que gasta coche, y el empleado modesto que cobra generosamente adelantada la paga eterna de Enero; la esposa recién casada que ostenta orgullosa á su marido, recordándole la Noche-Buena última en que era sólo novio oficial, y el esposo que, aún en el limbo, digo, en la luna de miel, quiere comprar á su cara mitad la Plaza Mayor entera; el pobre mortal que, rodeado de sus pequeños, de su señora, de su suegra y de sus cuñadas, no sabe atender á las peticiones que todas le hacen á la vez, y el cesante que habiéndole caído una aproximación á la lotería quiere comprar cuanto ve, y no compra nada.

¡Ah, sí! Todos son felices. ¿Todos? Mirad esos niños desarrapados y sucios que os piden limosna: van solitos, acaso no tienen padres, y sabe Dios, si cenán, dónde cenarán en tal noche.

II

La lotería y el aguinaldo: he aquí los dos puntos salientes de las fiestas de Navidad que más la caracterizan.

Desde mediados de Diciembre comienzan las gentes á soñar con el gordo, y á pensar en la suculsa que tiene más fama de afortunada en el juego. En las oficinas, en los cafés, en las casas, en todas partes se empieza á formar un fondo común para comprar un décimo ó un billete, según los posibles, comprometiendo á cuantos amigos pasan á tiro de invitación de los jugadores. Y hay aquello de transformarse el dependiente de ultramarinos de la esquina en secretario, letrado y amanuense redactor de recibitos en esta ó parecida forma, en papel rayado y con su manchón de aceite á guisa de sello:

Sociedad para jugar á la Lotería—D. Robustiano de Tal, lleva hen la lotería de Nabadad hocho riales de belon al 3.000 pelaó—El fondista de los fondos—Narciso Avichuela.

¡Qué escenas tan semejantes á pesar de la variedad de actores! El empleado de cuatro mil con descuento, casa de huéspedes y crédito en peñaranda, á quien dice su novia:—Es preciso que juegues; ya sabes el genio de mamá cuando la contrarian. Y el infeliz se ve obligado á aflojar el último peso ante el riesgo de afrontar las iras del animal sagrado del Nilo, en figura de mamá política. La jamona gobierna casas con infulas de dictadora, que suelta á su marido con voz de mando una alocucion por el estilo:—Mira, Benigno, este año compraremos el décimo en la lotería de D. Normando, ya sabes, ese amigo tan antiguo: tiene buena mano, y me parece que yendo á tomar el número á su casa nos ha de tocar algo gordo. La viuda en la reserva, que so-

ñando en volver al servicio activo sólo desea, modesta en aspiraciones, obtener el reintegro; la pollita casquivana, contenta porque juega como siempre con su pretendiente; la esposa del comandante que, militarmente montada, se hace *motu proprio* depositaria de los fondos; la patrona que, sin medios para jugar por sí, se agrupa con sus pupilos á los efectos consiguientes; la señora marisabidilla que juzga locos á sus consocios porque estos dicen que el premio grande debiera ser un billon. Y así todos.

Llega el momento, y en pocos minutos se agotan los ejemplares de la lista grande. Y aquí de los comentarios y de las dudas, y si el nueve es nueve ó un seis al revés, y si tendrá razon la lista oficial ó la de *La Correspondencia*; y suele suceder que cae el premio gordo á quien le hace falta, pero cae con tanta violencia, que lo aplasta de alegría y sólo le sirve el dinero que cobrará en cien plazos, previos doscientos fiadores y trescientos disgustos, para que lo entierren. A los que no les cupo nada en suerte da gusto oírlos vociferar y chillar contra lo inmoral de tal juego, y los perjuicios que ocasiona, *et sit de caeteris*.

Un clavo saca otro clavo, y á la lotería sigue el aguinaldo. Amanecen las Pascuas, y la campanilla adquiere el movimiento continuo, y allá van peticiones en prosa y en verso, que es una bendición. El barrendero, el cartero, el de la ronda, el corredor de amas de cria, el sereno, ¡el nublado! en una palabra, que para maldito de Dios os sirven, por lo general, en el resto del año. Eso sin contar con el ahijado, y los sobrinos, y los hermanos pequeños, y qué sé yo cuántos chupópteros más. El repartidor de «La renovación sanguíneo-social» y de «Los secretos de las flores» os asalta con endechas de algun vate pardo, digo oscuro, que se mete á decir, para pedir dos reales, que la luna es casta, sin saber fijamente si es soltera. Va uno á la peluquería: la bandejita. Al teatro: le felicitan á usted los acomodadores las Pascuas con amabilidad inusitada.

¡Oh costumbres patriarcales! Vosotras sois la cañería que conduce el agua del pasado al pilon del porvenir! A vosotras cuadra el aforismo de un filósofo muy desconocido aplicado á los forasteros: «Bienvenidos sean los huéspedes, por el gusto que nos dan... cuando se van.»

III

El año acaba. Está el pobrecito espirando y sólo le quedan algunos días de vida; pero la humanidad es tan cruel que, anticipando el proverbio «á muertos y á idos no hay amigos», apenas si ya se acuerda del moribundo. Y no se tome por calumnia. Los estudiantes morosos y desaplicados, que brillan por su ausencia en las aulas en los primeros meses del curso, se prometen á sí mismos asistir á clase y estudiar desde año nuevo; las madres económicas con hijas casaderas en imperativo, aunque se hielen de frío no las compran abrigos nuevos hasta Enero, porque entónces comienzan los días de sol, y por ende de paseo. Las empresas teatrales, que á las fiestas de fin de año debieron su pléthora de prosperidad, anuncian, en grandes prospectos, pomposos y fascinadores atractivos para el próximo, haciendo así menosprecio del año que se va, y como dando á entender que estaban deseando que se fuera. Los matrimonios en futuro deponente proyectan sus bodas para primeros del año entrante con objeto de dejar pasar la bulla y algarazca de las postrimerías del saliente. Los políticos, que por no perder la costumbre sólo se ocupan en Noche-Buena de comer, no plantean sus proyectos financieros y administrativos hasta el año novel, en que reanudan sus tareas. ¡Qué más! ¿No hay un pro-